

# Nuevas consideraciones sobre el significado del petroglifo de Laxe das Rodas (Muros, Galicia)

FERNANDO ALONSO ROMERO

*Facultad de Filología, Santiago*

La primera exposición pública de mi interpretación del significado del petroglifo de Laxe das Rodas tuvo lugar en la 1.<sup>a</sup> Reunión Gallega de Estudios Clásicos, celebrada en Santiago de Compostela en julio de 1979. En este mismo Congreso, L. Monteagudo presentó también un detenido estudio sobre los orígenes y paralelos de dicho petroglifo en otras áreas culturales<sup>1</sup>. Desde entonces he tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre mis teorías, corregir y añadir más datos. Si bien debo decir que lamento el no haber recibido ningún tipo de crítica seria a mis opiniones, excepto las de aquellos que la rechazaron *a priori* por considerarla pura fantasía, ignorando los testimonios que fuera del campo puramente estricto de la arqueología, pudieran aportar otros conocimientos en la búsqueda de un sentido al enigmático y laberíntico mundo de los petroglifos gallegos. Había comenzado yo por aquel entonces mi interpretación del petroglifo con una cita de Mircea Eliade con la que quise dejar muy claro mi total escepticismo en mi propia teoría, a la que considero únicamente como una aportación más a los esfuerzos de los arqueólogos en sus ansias de comprensión. Dice Mircea Eliade que «toda la capacidad de intuición del hombre moderno no basta para abarcar la riqueza de matices y de correspondencias que cualquier realidad cósmica tiene para la conciencia del hombre arcaico»<sup>2</sup>. Han pasado ya casi tres años desde que creí ver por primera vez un sentido práctico a ese complejo y bien trazado diseño de círculos, cazoletas y espirales de Laxe das Rodas, que lo convier-

ten, sin lugar a dudas, en uno de los petroglifos gallegos mejor elaborado. Durante mucho tiempo me dediqué a revisar prácticamente todo lo que hay sobre petroglifos atlánticos europeos. Repasé viejas teorías. Comparé los misteriosos círculos concéntricos de Laxe das Rodas con docenas y docenas de otros grabados semejantes repartidos por varios lugares de la costa atlántica europea. Pero lo único que saqué en claro era lo que ya se sabía desde hacía años, la simple conclusión de que todos se parecen extraordinariamente, como si hubieran sido trazados por un mismo espíritu creador. Pero, ¿para qué? ¿Qué sentido podían tener para los hombres que los trazaron? Se me ocurrieron muchas posibilidades; pero no había forma de comprobar ninguna. La más aceptable y comúnmente reconocida interpretación del círculo concéntrico es la de considerarlo como un símbolo solar. Pero ¿y la espiral? ¿Es también otro símbolo solar? ¿Y los círculos concéntricos con uno o más radios, son también símbolos solares? Después de largos años de afición a estas cosas me di cuenta un día de que con la simple observación arqueológica de los petroglifos lo único que estaba haciendo era dar vueltas sobre ellos, viendo semejanzas, paralelos, trazados más o menos geométricos. Meras descripciones en definitiva, que no me aclaraban nada. Había que buscar otro camino para llegar a ver un horizonte más amplio. El camino lo encontré una vez leyendo una curiosa noticia en un periódico local sobre el hallazgo del petroglifo de Laxe das Rodas. Este petroglifo fue descubierto en

<sup>1</sup> LUIS MONTEAGUDO: *Petroglifo de Laxe das Rodas (Louro, S.W. Prov. La Coruña)* (Primera Reunión Gallega de Estudios Clásicos. Universidad de Santiago de Compostela. Págs. 46-100. Santiago, 1981).

<sup>2</sup> MIRCEA ELIADE: *Tratado de Historia de las Religiones* (Madrid, 1974, pág. 190).

1956 por Agustín González López. Pero en realidad el que supo llamar la atención sobre él fue Pedro Marfany en 1976 con un artículo periodístico de gran sensibilidad en el que calificó al Laxe das Rodas como «conjunto monumental del culto mágico-astroológico precéltico», sin llegar a explicar su función<sup>3</sup>. En 1979 L. Monteagudo estudió detenidamente este conjunto de petroglifos que considera que fueron trazados alrededor del año 1500 a. de C.<sup>4</sup> La fotografía del artículo de Pedro Marfany en la que se veía la gran espiral del Laxe das Rodas, atrajo enormemente mi curiosidad. Era la primera vez que veía una espiral tan artísticamente trazada, con su aureola de cazoletas todas simétricas. Aquello era extraño dentro del corpus de petroglifos gallegos. Decidí ir a hablar con L. Monteagudo para consultar su sabia opinión. Y al cabo de unos días organizamos una pequeña expedición hasta Laxe das Rodas; que luego vendría seguida de otras muchas para estudiar con calma todo el conjunto. Medimos, fotografiamos, levantamos planos y dibujos con la magnífica técnica de L. Monteagudo, que reproduzco en estas páginas, y recorrimos los alrededores en busca de nuevos hallazgos. Fruto de aquellas visitas fue el estudio de L. Monteagudo sobre dicho petroglifo y el hallazgo para mí de ese otro camino que yo estaba buscando en mis deseos de «ver la luz» en el brumoso mundo de los petroglifos galaicos.

Una de las noches que acampamos al pie del Laxe das Rodas, me quedé en animada conversación con unos amigos, sentado dentro de una gran pileta rocosa cercana al petroglifo. Mientras transcurría el tiempo, un amigo comentó con cansancio que debía ser muy tarde porque «la luna se había movido mucho de lugar». Aquella observación ingenua fue para mí una revelación. La luna, que hasta entonces no era más que un elemento embellecedor de la agradable velada al aire libre, desprovista totalmente de significado en nuestras vidas de ciudadanos del siglo XX, se manifestaba con atributos ancestrales, de un modo totalmente inconsciente para la mente de mi amigo, que advertía por un lado el desplazamiento celeste de la luna y, por otro, este mismo astro le indicaba la hora. Aquello me hizo recapacitar sobre la visión intuitiva que Marfany tenía al calificar al petroglifo

de Laxe das Rodas «como conjunto mágico-astroológico». Bajo el enfoque de esta concepción, el enigma de los círculos concéntricos entraba en una nueva dimensión espacial. ¿Por qué se decía que éstos representaban al sol y no a la luna? Para los antiguos la luna también se movía, salía y se ponía sobre el horizonte al igual que el sol. Incluso su comportamiento astronómico es mucho más complejo y misterioso que el del sol. Motivo por esta serie de incógnitas que se me planteaban, comprendí que era necesario tener algunos conceptos básicos de astronomía y, sobre todo ver si en el estudio de las antiguas mitologías y creencias astrales existía algún indicio que arrojara algo de luz sobre ese oscuro espíritu creador que había diseñado el petroglifo de Laxe das Rodas. Me vi envuelto así en el mundo apasionante de la mitología astral, donde bajo la aparente fantasía de sus relatos se encuentran los profundos razonamientos que el hombre antiguo había efectuado para explicarse el Universo que le rodeaba. Pronto me di cuenta de que estaba saliendo del círculo cerrado en el que hasta entonces me había sumergido el simple análisis arqueológico de los petroglifos, al tiempo que la idea intuitiva de Marfany atraía toda mi atención. ¿Tendrían los círculos concéntricos, las caviñas y la hermosa espiral algún significado astronómico? Después de leer y releer numerosos trabajos sobre los mitos lunares y solares en diversas culturas, llegué a la conclusión de que probablemente el Laxe das Rodas tenía algo que ver con algún sistema conocido de cómputo del tiempo.

#### LOS MITOS LUNARES

Sabemos que el comportamiento de este satélite no sólo determinó la aparición de los calendarios sino también una serie muy grande de mitos, ritos, creencias y prácticas religiosas.

Al igual que el sol, la luna recorre a lo largo del año un espacio determinado en el cielo, con sus variantes respectivas según la fecha. Pero la luna tiene un comportamiento mucho más peculiar que el sol. Mientras este astro aparece a lo largo del año por diversos puntos del horizonte, y se pone también por distintos sitios, la luna, aún efectuando

<sup>3</sup> LUIS MONTEAGUDO: *Op. cit.*, pág. 51.

<sup>4</sup> LUIS MONTEAGUDO: *Op. cit.*

parecido recorrido, tiene además transformaciones periódicas que, sin lugar a dudas, impresionaban a nuestros antepasados. La luna, como una especie de extraño ser vivo «se muere» todos los meses, para volver a renacer al cabo de tres noches. Es por ello en cierto modo como un ejemplo celeste del ritmo vital que poseen todos los seres vivos: Nacimiento, crecimiento y muerte. Pero además posee la capacidad de regenerarse. No es de extrañar que desde los tiempos de la aparición de la agricultura, por lo menos, esté relacionada con la fertilidad, al igual que está implicada en el ritmo de las mareas, aparición de las aves migratorias, la menstruación de la mujer, los cambios de tiempo atmosférico, la recolección de frutos, etc. Este ciclo lunar fue desde la antigüedad relacionado también con una serie de comportamientos humanos y fenómenos de la naturaleza que en realidad no siempre estaban influenciados por la luna. Aquí no quiero nada más que llamar la atención sobre las posibilidades de la sabiduría mítica de las gentes que realizaron el petroglifo de Laxe das Rodas. «El descubrimiento del ritmo lunar hizo posible esas síntesis mentales que ponen en relación y unifican realidades heterogéneas; si el hombre «primitivo no hubiera intuido la ley de la variación periódica de la luna, no se hubieran descubierto esas simetrías de estructura ni esas analogías de funcionamiento»<sup>5</sup>.

#### LA ESPIRAL Y SU SIGNIFICADO

Se ha escrito mucho sobre el simbolismo de la serpiente en las religiones de diferentes culturas. Y se han dado numerosas interpretaciones, por lo que muchas veces desconcierta el gran número de atributos y significados que la serpiente tiene; siendo por ello difícil el encontrar una cualidad unificante. Sin embargo creo que existe. «En los jeroglíficos egipcios, una serpiente sinuosa indicaba en general el curso de los astros, y sabemos también que la cobra egipcia es el símbolo del sol, pero sólo en cuanto al curso sinuoso de éste y no en cuanto al astro en sí»<sup>6</sup>. En la mayoría de las culturas que poseen el simbolismo de la serpiente, el factor principal con la que se asocia es la fertilidad. Pero, ¿por qué la fertilidad? Se ha dicho que la culebra es in-

mortal porque renueva su piel, se cambia, se transforma y desaparece bajo tierra para volver a aparecer. Adopta la forma de espiral, y se la ha relacionado con la luna porque ésta también se transforma y se regenera. La serpiente representa el ciclo que se repite, representa el renacer, el volver a vivir; de ahí quizá el hecho de que se la represente en el interior de los dólmenes, como símbolo que garantiza la vida futura del muerto. Y esta misma función puede ser aplicada a la espiral. Hay muchos mitos en relación con la espiral y la serpiente. Aquí vamos a ver que la relación de la serpiente con la luna no es solamente por estas características señaladas, sino por un fenómeno más impresionante y llamativo del que solamente era consciente el hombre primitivo por carecer de los conocimientos astronómicos suficientes para ver la realidad de otro modo. La luna y la serpiente desaparecen bajo tierra y se regeneran, brotan de la tierra, de la diosa Tierra. Sale la luna de la tierra después de tres días de estar «muerta» e inicia su recorrido cíclico, para volver a desaparecer al cabo de 28 días aproximadamente. Mientras tanto el sol ha variado su punto de salida y puesta sobre el horizonte. La luna también lo ha hecho así, aunque su recorrido celeste es mucho más irregular que el del sol. Este astro sufre igualmente una lenta transformación. A lo largo de su recorrido celeste anual el sol se debilita en invierno y se fortalece progresivamente después del solsticio hiemal hasta alcanzar su punto máximo en el solsticio estival. El debilitamiento progresivo del sol después de la época de las cosechas era algo que debía alarmar enormemente a los antiguos, que temían que este astro desapareciera definitivamente del cielo, al igual que la luna, dejando a la tierra sin luz ni calor durante la época invernal. No es de extrañar que la fecha del solsticio de invierno (21 de diciembre) fuera una de las más importantes dentro de los calendarios rituales de las primitivas culturas. Recordemos aquí la celebración de las fiestas de Navidad, muy próximas a ese día, y el hecho de que la Iglesia fijase la fecha del nacimiento de Cristo precisamente en una fecha en la que el sol vuelve a levantarse sobre el cielo y a alumbrar cada día un poco más. Este renacimiento del sol era sin duda celebrado como uno de los más importantes aconteci-

<sup>5</sup> MIRCEA ELIADE: *Op. cit.*, pág. 189.

<sup>6</sup> DEMETRIO SANTOS: *Investigaciones sobre astrología* (Editorial Nacional. Madrid, 1978, pág. 548).

mientos del año, al igual que el solsticio de verano (21 de junio), época a partir de la cual el sol se iba debilitando lentamente (recordemos aquí también las celebraciones de la fiesta de San Juan, cercana al solsticio: 24 de junio; sobre todo la costumbre de encender hogueras: ¿pervivencia quizá de algún ritual para fortalecer al sol que anuncia su debilitamiento?)

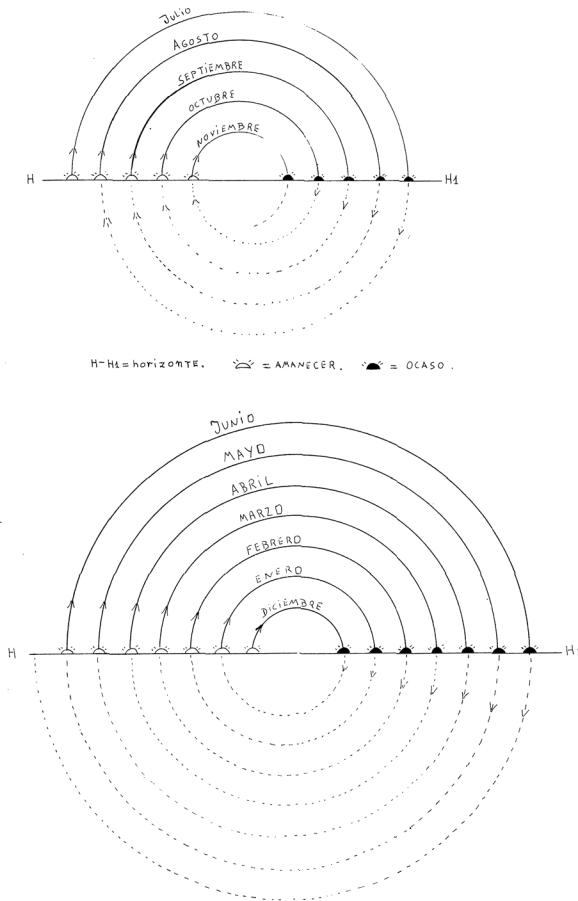


FIG. 1

El sol a lo largo de su trayectoria celeste anual, a lo largo de ese camino de debilitamiento progresivo y de regeneración posterior, ha seguido un itinerario determinado, ha seguido el camino de la espiral. Por eso, nada mejor también para representarlo en vivo que la propia serpiente. Veamos por qué un camino en espiral.

A los ojos de nuestros antepasados, la Tierra era una superficie plana de horizontes inmensos sobre

los que aparecían y desaparecían los astros. Al cabo de un año, nuestros antepasados veían surgir al sol y ponerse en distintos lugares del horizonte. Con la luna sucedía lo mismo. ¿Cómo era esto posible? Al cabo de otro año el sol volvía a recorrer el mismo camino, y así sucesivamente. En su imaginación nuestro antepasado solamente podía concebir de una manera el curso del sol. Si el sol aparecía y desaparecía por diferentes lugares a lo largo del año, era evidente que el camino nocturno que recorría no era circular, sino espiral (ver Fig. 1). De ahí que esa espiral cósmica, ese camino celeste y telúrico esté representado en el petroglifo de Laxe das Rodas (ver Fig. 2). En él existen dos espirales de diferentes tamaños: una tiene 5 espirales

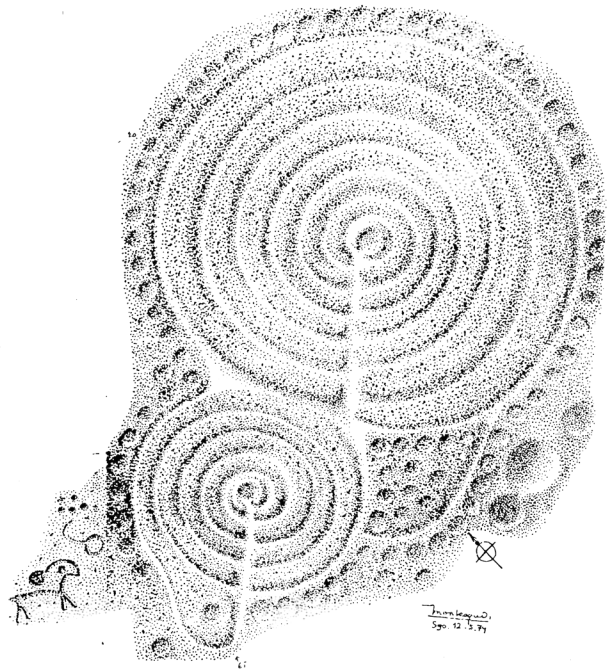


FIG. 2

(la menor), y la otra 7 espirales (la mayor). En total 12 espirales. Notamos que la espiral menor se inicia de izquierda a derecha, mientras que la mayor de derecha a izquierda, si tomamos como base la figura del caballo y como comienzo de las espirales sus correspondientes círculos más anchos. De todos modos, lo que es importante notar es la existencia de dos espirales con dos movimientos aparentes contrarios. ¿Qué quiere decir este cambio de dirección?

En primer lugar debemos tener en cuenta que este grabado es simbólico y ritual, aparentemente, y que no se trata de un esquema explicativo de la concepción del movimiento de los astros; pero a pesar de ello, podemos ver cuál era la razón de los sentidos de dirección contrarios en ambas espirales. Las doce espirales corresponden a los 12 meses del año. Dos caminos diferentes que recorre el sol hasta volver a su punto de origen. La división en 5 y 7 debe entenderse como una división en dos épocas diferentes: crecimiento del sol - debilitamiento del sol. En los más antiguos calendarios de Mesopotamia el año solar estaba dividido en dos estaciones solamente: invierno - verano. Como los días van creciendo a partir del solsticio de invierno hasta alcanzar su punto de crecimiento máximo en el mes de junio, la circunferencia más grande de la espiral mayor debe por lo tanto corresponder al mes de ju-

tanto el año partimos del mes del nacimiento del sol: diciembre. Siendo el punto lc. el comienzo del mes de diciembre y lf. el fin del mes. El mes siguiente: enero, se inicia en 2c. y termina en 2f.; y así sucesivamente hasta llegar al mes del solsticio de verano: junio, que comienza en 7c. y termina en 7f.

Después se pasa a la espiral menor y se cambia de sentido, es el paso a otra etapa solar: debilitamiento del sol, que comienza en el mes de julio, o mes n.º 8, que se inicia en 8c. y termina en 8f. Y como en el caso anterior, así sucesivamente hasta la espiral n.º 12 que comienza en 12c. y finaliza en 12f. Tenemos así representados doce meses del año repartidos en dos partes separadas por el solsticio de verano, y también simbólicamente representado el renacimiento progresivo del sol y su decaimiento en la espiral menor. Lo cual da también una idea de la aproximación de los puntos del orto y del ocaso solares sobre el horizonte en la época invernal, en contraposición a su separación correspondiente en la época estival. Hasta aquí el cómputo de los meses parece fácil de seguir; pero en el Laxe das Rodas hay otros grabados además de la espiral, que sin duda alguna están relacionados con ella. Vamos a examinarlos para intentar comprender la función práctica que parece que tienen.

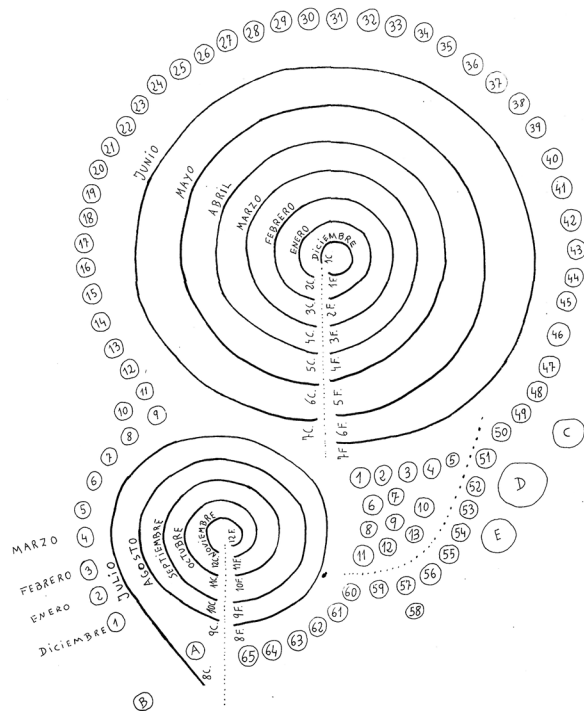


FIG. 3

nio, o mes n.º 7, siendo la menor, o n.º 1, la del mes de diciembre. El desenvolvimiento de esta espiral a partir del mes n.º 1 muestra en esquema el crecimiento de los días. El surco vertical descendente que parte del centro de cada espiral marca la división de los meses (ver Fig. 3). Para iniciar por lo

#### EL «CALENDARIO» DE LAXE DAS RODAS

Para explicar mi interpretación de este petroglifo voy a partir de la figura del caballo que aparece en la parte inferior, suroeste, junto a la espiral menor (Fig. 2). El caballo lleva sobre su lomo una «coviña» o cazoleta, y cercana a la cabeza del caballo aparece un sol o luna llena (las dos cosas pudieron haber querido representar). El culto al sol fue practicado por todos los pueblos indoeuropeos, y la arqueología nos ofrece numerosos ejemplos de carros solares (carro solar de Trundholm-Dinamarca, por ejemplo), discos solares, e insculturas en las que aparece el sol en embarcaciones, animales, etc. Se creía que el sol viajaba por el cielo llevado por corceles.

Es importante notar que el caballo camina hacia la espiral, dando a entender un sentido de aproximación, de dirección hacia. Las dos espirales hacia las que camina el caballo constituyen el núcleo principal del petroglifo. Antes de pasar a su in-

interpretación, debo mencionar que a la izquierda del sol o luna llena hay marcados cinco puntos, por lo que hago mención de la posibilidad de que sean estrellas (alguna constelación, quizá). Recordemos que en Egipto la aparición de la estrella Sirio servía para marcar el año solar.

Sin pretender hacer, ni mucho menos, una explicación general de lo que es un calendario, ni de la historia del calendario, puesto que existen numerosas obras sobre el tema, sí creo necesario hacer una breve introducción para facilitar la comprensión del «calendario» de Laxe das Rodas.

El número de días que componen un mes lunar no es fijo, siendo el término medio aproximadamente 29 y  $\frac{1}{2}$  días. En los antiguos calendarios se utilizaba siempre la luna para medir el tiempo. Lo cual constituía el procedimiento más fácil pues se tomaba como medida las fases de la luna (de ahí el origen de la semana y el mes). Sin embargo, el calendario basado en la luna no se correspondía con el año solar de 365 y  $\frac{1}{4}$  días, lo cual motivaba el que fuera necesario intercalar meses o días ficticios para hacer coincidir un año lunar con un año solar. Un año lunar de 12 meses está compuesto de 354 ( $12 \times 29,5$ ). Este cómputo nos ofrece una diferencia de 11 días con respecto al año solar. Estos desfases del calendario lunar con el solar están ya advertidos en los más antiguos calendarios que se conocen. En Egipto y en Mesopotamia se veían precisados a hacer detalladas observaciones astronómicas para evitar los desfases de las ceremonias religiosas con las correspondientes estaciones (primavera-fertilidad, verano-recolección, etc.). El embolismo de días para la adecuación del calendario lunar al solar no siempre se hacía cada año, pues se conocen calendarios de diferentes culturas, no sólo del área mediterránea sino también americanas, en las que estos días ficticios se intercalaban al cabo de cierto número de años, puesto que el desfase del año lunar con el solar en cortos períodos no debía ser apreciado, o por lo menos no requería un ajuste inmediato. Por ejemplo, si en lugar de medir el año solar en 365 y  $\frac{1}{4}$  días se hiciera en 365 solamente, al cabo de 4 años el desfase sería solamente de 1 día. Y esto probablemente no era apreciado en las fechas de los solsticios, o los equinoccios (que servían para medir el año solar) hasta pasado un cierto número de años. Los solsticios solían ser las fechas preferidas para iniciar el año (recuérdese el famosísimo monumento megalítico de Stonehenge,

por ejemplo), ya que en ellos el sol alcanzaba su punto de declinación máxima (en verano) y mínima (en invierno). Para determinar el solsticio existían diversos procedimientos, siendo el proceso relativamente fácil de hacer ya que consistía en observar el curso del sol a lo largo del año al amanecer. Se tomaban puntos de referencia con respecto al horizonte sobre el que salía el sol (Montañas, árboles, piedras, etc.), o se levantaban postes o menhires para marcar estos solsticios, llegando a formar a veces cromlechs. Otro procedimiento era observar la longitud de las sombras de los postes o menhires. Las sombras más largas correspondían al solsticio de invierno, las más cortas al verano. De esta manera se podía iniciar el año en uno u otro solsticio y adecuar el calendario lunar al solar cuando se estimase necesario. El calendario lunisolar en el que los meses eran lunares pero el año solar, fue utilizado por la mayoría de las antiguas civilizaciones del Mediterráneo. Posiblemente el más antiguo sea el de Mesopotamia, del tercer milenio, que en sus orígenes estaba compuesto de un año solar de dos estaciones: invierno y verano; y los meses comenzaban con la primera visión de la luna nueva. Las fases de la luna son el único medio posible para determinar el comienzo y el fin de un mes lunar. El punto de partida es la aparición de la guadaña de la luna nueva al anochecer. Así lo hacían también los antiguos griegos, babilonios, hebreos, etc. En el Antiguo Testamento se dice «Dios hizo la luna para la determinación de los tiempos» (*Antiguo Testamento*, Salmo 104.19). El mes duraba hasta que la luna desaparecía totalmente del cielo, para volver a aparecer al cabo de tres noches. No hay que olvidar que el novilunio al comienzo del mes coincidía con la aparición de la guadaña de la luna por la noche, lo cual causaba un retraso de unos dos días en relación con el novilunio real astronómico o conjunción efectiva geocéntrica de la luna con el sol. Cuenta Tácido (*Germania* 11) que los germanos medían el tiempo en noches y que las fechas más favorables para ellos eran las que coincidían con lunas nuevas o llenas. Pero no todos los pueblos del Mediterráneo empezaban el año en la misma época. La elección del comienzo del año podía efectuarse en relación con una fecha astronómica determinada (solsticios, por ejemplo), o en relación con una festividad o celebración. Por ejemplo, los sirios empezaban el año en el mes de octubre, los babilonios y los hebreos en el mes de abril. Mientras que los

celtas lo hacían en noviembre. En el famoso calendario celta de Coligny el año comenzaba en invierno y estaba dividido en dos partes: invierno y verano. Asimismo, había seis meses favorables de treinta días llamados *mat* y seis meses de 29 días llamados *ann*. En Babilonia se utilizaban meses de 29 y 30 días alternativamente. En Egipto de 30 días. En Roma de 28, 30 y 31 días. En el antiguo calendario hindú había meses de 28 días y el error al cabo del año se resolvía intercalando un mes.

#### FUNCIONAMIENTO DEL CALENDARIO DE LAXE DAS RODAS

Observando exclusivamente el recorrido anual del sol no es posible concebir una división del año en 12 partes; por lo que tenemos que recurrir a la luna para ver el origen de esta división. En torno a las dos espirales existen 65 «coviñas» (cazoletas), ni una más ni una menos. Hay, eso sí, otras muchas aisladas en sus cercanías pero no rodeando a las espirales en aparente ornamentación, aunque nada más lejos de la realidad de sus autores que hacer con ellas un adorno de las espirales. Si dividimos 65 entre 5 obtenemos la cifra de 13 coviñas. Es decir, 13 meses cada año, con un total de cinco años. Cada mes por lo tanto entendemos que se representaba con una coviña, que se refería probablemente a la luna llena. Ya que cada año tenía 13 meses debemos entender que eran meses de 28 días (Recordemos que el mes lunar sinódico dura 29 días, 12 horas, 44 minutos) porque  $28 \times 13 = 364$  días, cifra realmente sorprendente por la precisión de este calendario (recordemos también que la Tierra invierte 365 días, 6 horas en describir su órbita alrededor del sol). Uno de estos meses, el n.º 13, es evidentemente ficticio para aproximar el calendario lunar al solar, porque el cómputo de las doce lunas llenas que hay cada año y que son las que realmente podían observar, les daba solamente un total de 336 días ( $12 \times 28$ ), que al añadirles un mes de 28 días (el mes n.º 13) resultan 364 días. Para llevar una relación de la necesidad de este embolismo se grabaron 13 «coviñas» en el triángulo central que se observa entre las dos espirales (ver Fig. 2). Para efectuar el cálculo del tiempo se procedía de la siguiente manera:

1.º Se observaba el solsticio de invierno por cualquiera de los procedimientos ya señalados ante-

riormente (menhires, sombras, aparición de estrellas, etc.).

2.º Podemos suponer que cada luna llena se marcaba colocando una piedrecilla u otro objeto en la «coviña» correspondiente, y otra más en el triángulo de las 13 «coviñas». Se empezaba el cálculo de los meses colocando la primera piedra en la «coviña» n.º 1 (ver Fig. 3). Es decir, se empezaba por la izquierda en el sentido del desarrollo de la espiral mayor que se inicia en diciembre. Al llegar a la coviña n.º 12 habían transcurrido 12 lunas, pero el año no había terminado, por lo que era necesario esperar al solsticio y añadir un mes más de 28 días. Sin embargo, muy probablemente este mes ficticio era añadido antes del fin del año, posiblemente en la primavera, o en la época de la recolección, para adecuar así los cambios que se observaban en la naturaleza con el tiempo real astronómico que le correspondía a la estación.

3.º Las espirales eran utilizadas simbólicamente para representar el movimiento del sol y el paso de una época a otra: crecimiento-decrecimiento solar, y por lo tanto también los solsticios.

Con esta interpretación de este petroglifo podríamos utilizarlo como calendario sin mayores dificultades, ya que al cabo de cinco años nuestro error sería solamente de poco más de 6 días con respecto al calendario real. En la primera interpretación que hice de este calendario creo que cometí el error de marcar los meses ficticios de los cinco años con las «coviñas» marcadas como A, B, C, D y E. Con lo cual sobraban 5 meses de las 65 «coviñas» que bordean a las espirales. Pues bien, si en lugar de efectuar así la medida del paso del tiempo contamos los trece meses de cada año utilizando las «coviñas» que bordean las espirales, nos encontramos con que el mes n.º 13 del quinto año es exactamente el que corresponde a la última coviña n.º 65 (ver Fig. 3). Esta interpretación nueva del calendario determina los siguientes cambios con respecto a la anterior presentada en la 1.ª Reunión Gallega de Estudios Clásicos:

1.º El calendario de las espirales se convierte entonces en un programa temporal de 5 años exclusivamente (en lugar de los 5 años y 5 meses que en principio calculé).

2.º Las «coviñas» marcadas como A, B, C, D, E, deben considerarse como indicativo de los cinco años sucesivos del calendario.

3.º Las «coviñas» marcadas con los números 57 y 58 corresponden a los meses de abril y mayo respectivamente.

Existen dos «coviñas», situadas de forma muy llamativa, que evidentemente señalan algo. Son la número 10 y la número 58. Si a cada «coviña» la denominamos con el nombre del mes correspondiente, descubrimos que la n.º 10 corresponde a septiembre y la número 58 a mayo. Lo cual pudiera querer decir que tanto al comienzo del ciclo de 5 años, como a su final, durante los meses de septiembre y mayo respectivamente algo se celebraba. No podemos saber qué podría ser, aunque sospechamos que por ser la época de la recolección y del florecer de la naturaleza se efectuaran determinadas ceremonias. Otra posibilidad es que durante esos meses se añadieran los meses ficticios para hacer coincidir las lunas respectivas con la época real del año.

#### EL ALTAR DE OFRENDAS

Sin la existencia del petroglifo de las espirales no hubiera sido posible el poder dar una interpretación de este altar de ofrendas de Laxe das Rodas. Ambos petroglifos se complementan de una forma tan sorprendente que resulta emocionante ver cómo las gentes que los grabaron en el durísimo granito galaico, tenían un conocimiento tan profundo no sólo del calendario, sino también de los movimientos del sol y de la luna a lo largo del cielo. En este petroglifo al que de antemano consideramos como altar de ofrendas por la gran cazoleta central que posee y por otras razones que mencionaré más adelante, existen 47 «coviñas» que, como en el caso anterior se deben de considerar como meses. De la gran cazoleta central parte un surco que se divide en dos brazos, uno a la izquierda y otro a la derecha, y que señalan a determinadas «coviñas». Iniciamos el cómputo del tiempo de izquierda a derecha, como en el caso de las espirales, y vamos marcando los meses partiendo del mes de diciembre, comienzo del año (ver Fig. 4). Observamos que el brazo inferior izquierdo señala al mes de marzo, y el inferior derecho entre agosto y septiembre. Sorprendente, ¿verdad? Nada menos que las fechas de la primavera y la recolección. Como en el caso anterior, cada doce meses se añade un mes trece representado por cualquiera de las cuatro

coviñas de la parte inferior izquierda (sector A-D). El último mes del cuarto año se marcaba en la gran cazoleta central, posible altar de ofrendas en el que al final de este ciclo, al igual que cada primavera y fin de verano se debían realizar festividades.

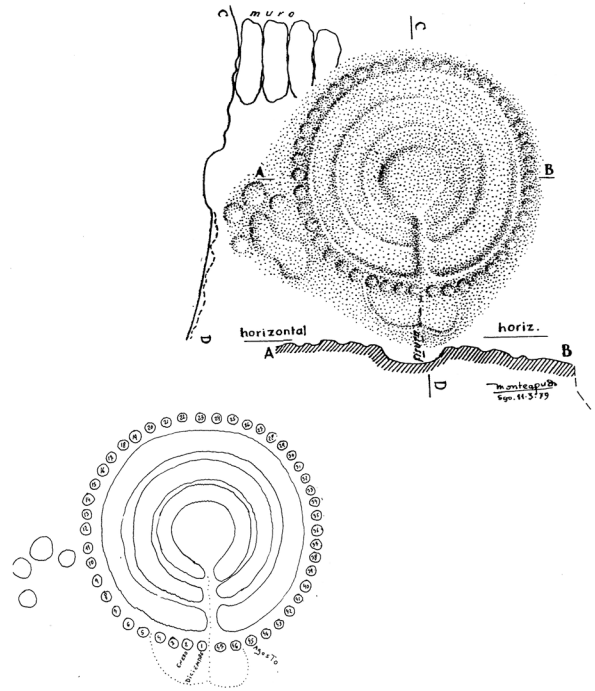


FIG. 4

Falta solamente por ver el porqué de la existencia de dos calendarios para un total de 9 años. Solamente se me ocurre una finalidad que, aunque en principio pudiera sorprendernos, ya la conocían los hombres que levantaron el monumento astronómico de Stonehenge. La causa fue la luna; la razón, casi sin lugar a dudas, los eclipses, que debían atemorizar profundamente a aquellas gentes. Voy a describir pues una posibilidad más de este magnífico calendario de Laxe das Rodas.

Si se observa con detenimiento durante años el comportamiento de la luna, se descubre que la luna no recorre la misma trayectoria todos los meses. Si elegimos un mes determinado observamos que la trayectoria que describe durante ese mes no se vuelve a repetir hasta pasados 18,61 años. Ahora sabemos que esto es debido a que la órbita que la luna describe en torno a la tierra es diferente a la de ésta; están en distinto plano, de lo contrario se pro-



ducirían frecuentes eclipses de sol y de luna. Pero esto no ocurre porque la órbita de la luna tiene una inclinación de 5° con respecto al plano de la eclíptica. De modo que los eclipses solamente se pueden producir en períodos esparcidos cuando la órbita lunar se encuentra con la órbita terrestre en los puntos llamados nodos. Y es razón por la cual los eclipses se repiten por el mismo orden a lo largo de un ciclo de 18,61 años. Ahora bien, estos conocimientos no los podrían tener los hombres que grabaron el calendario de Laxe das Rodas, solamente podían ver los efectos de estos fenómenos. Y sabían por ello que la luna a lo largo de 9 años sale por distintos puntos del horizonte. Si tomamos como referencia un punto del horizonte que marcara el punto máximo de declinación norte de salida de la luna, observaríamos que durante ese período de tiempo la luna va saliendo año tras año progresivamente a la derecha de ese punto, hasta que al cabo de 9 años, aproximadamente, comienza a desplazarse progresivamente hacia la izquierda hasta volver a alcanzar su punto de origen. El período completo de este viaje lunar por la esfera celeste es de 18,61 años. Pero ésta es una medida obtenida gracias a los conocimientos de la moderna astronomía. Para los hombres que grabaron este calendario el viaje de la luna duraba unas veces 19 años y otras 18 y luego otra vez 18 años. Esto explica el que hubieran utilizado en este calendario el cómputo total de 9 años ( $9 + 9 = 18$ ), o mitad del viaje lunar. Cifra que nos hace sospechar en la posibilidad de que por lo menos eran conscientes de los desplazamientos lunares. Si sabían o no predecir los eclipses es algo que no podemos saberlo. Es una incógnita más dentro de los enigmas que el petroglifo de Laxe das Rodas todavía plantea.

#### LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS DE LAXE DAS RODAS

Cuando presenté esta interpretación del petroglifo en la 1.<sup>a</sup> Reunión Gallega de Estudios Clásicos, dije que en este grabado quedaban aún muchas cosas por explicar. Hoy, después de haber recapacitado largo tiempo sobre él, creo poder añadir algunos datos más, pero no estoy aún satisfecho

con mi teoría. Intuyo que hay en este petroglifo mucha más información que la que a mí me parece ver. Soy el primero en reconocer que me muevo en un terreno puramente teórico, con más o menos visos de posibilidades reales, pero sin dejar de ser una teoría en definitiva. En el primer estudio que hice de este calendario, dejé a un lado la interpretación de los círculos concéntricos porque no les veía ningún sentido. En la actualidad creo que pueden tenerlo si buscamos su significación dentro del conjunto total del petroglifo, en íntima relación con la espiral y los dos altares de ofrendas, que L. Monteagudo describe detenidamente en su trabajo y que yo, por razones de espacio, me limito a representarlos únicamente en la Fig. 6. Evidentemente, para la interpretación de estos círculos concéntricos debo partir de una hipótesis: la suposición de que sean símbolos solares. Recordemos que sobre los petroglifos de círculos simples, o círculos concéntricos —a veces con uno o más radios— se han publicado más de cien interpretaciones diferentes, todas ellas con posibilidades de ser ciertas, como señala Ronald W. B. Morris<sup>7</sup>. La hipótesis de que sean símbolos solares es una de las más comúnmente aceptadas. A ella quiero aportar un testimonio ofrecido por la mitología clásica que contribuye a reforzarla. Dice Robert Graves<sup>8</sup> que «los cíclopes parece que habían sido un gremio de herreros del bronce en la Grecia antigua. Cíclope significa de *ojo circular*, y parece que los herreros se tatuaban con círculos concéntricos en la frente, en honor del sol, la fuente de energía del fuego de sus hornos; los tracios todavía se continuaron tatuando hasta la época clásica. Los círculos concéntricos son parte del misterio del arte del herrero: con el fin de formar a martillazos los cuencos, cascos o máscaras rituales, los herreros se valían de tales círculos trazados con un compás en torno al centro de un disco plano sobre el que trabajaban. Los cíclopes tenían un ojo solamente debido también a que con frecuencia se tapaban un ojo con un parche para evitar las chispas. Es éste un dato muy importante digno de tener en cuenta porque no hay que olvidar que la mayoría de estos petroglifos aparecen en áreas metalíferas. A ello hay que añadir el prestigio que los herreros debían poseer al poder dominar el fuego y

<sup>7</sup> RONALD W. B. MORRIS: *The Prehistoric Rock Art of Galloway and the Isle of Man* (Blandford Press, 1979, págs. 16-28).

<sup>8</sup> ROBERT GRAVES: *The Greek Myths* (Pelican, 1969, pág. 32).

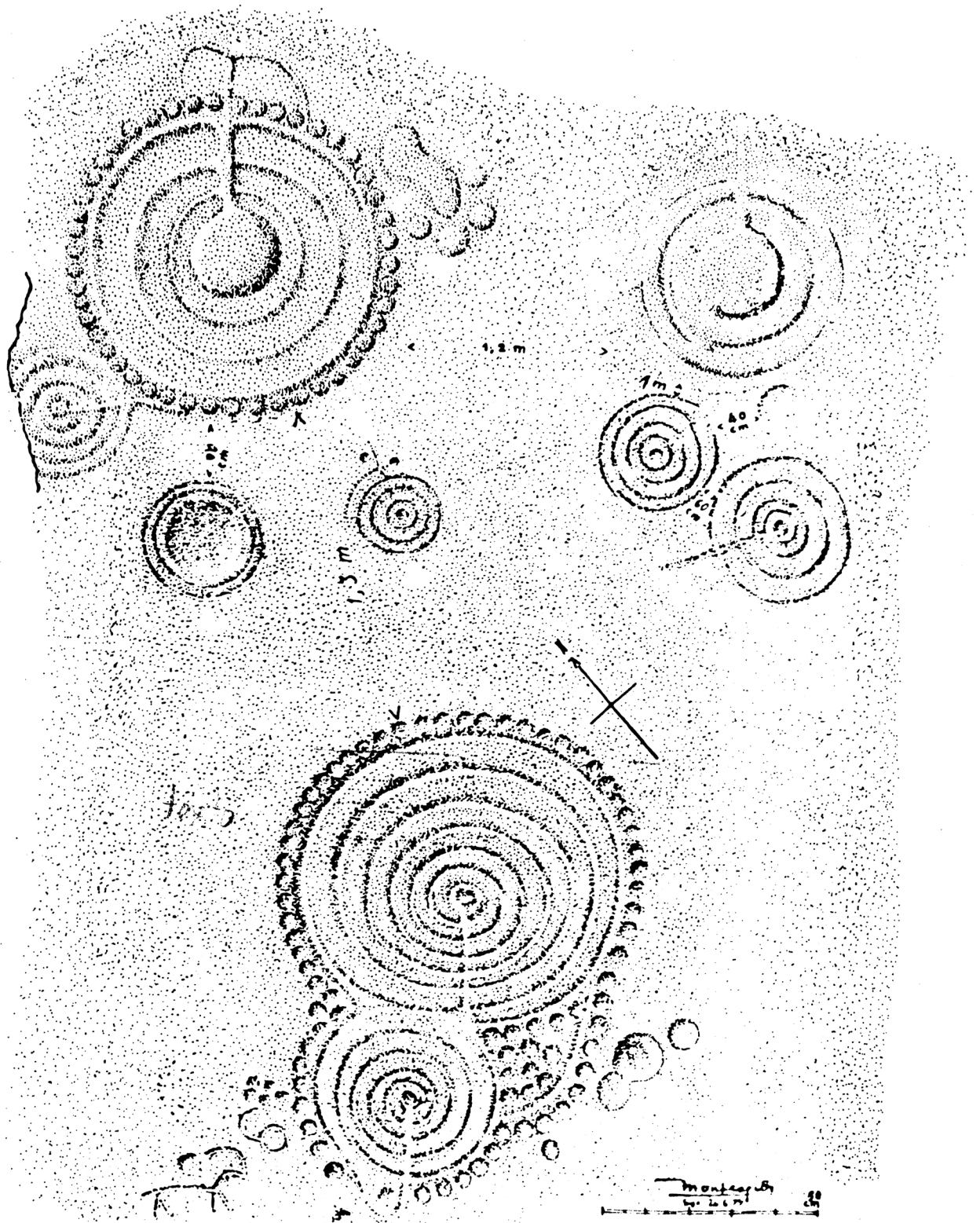
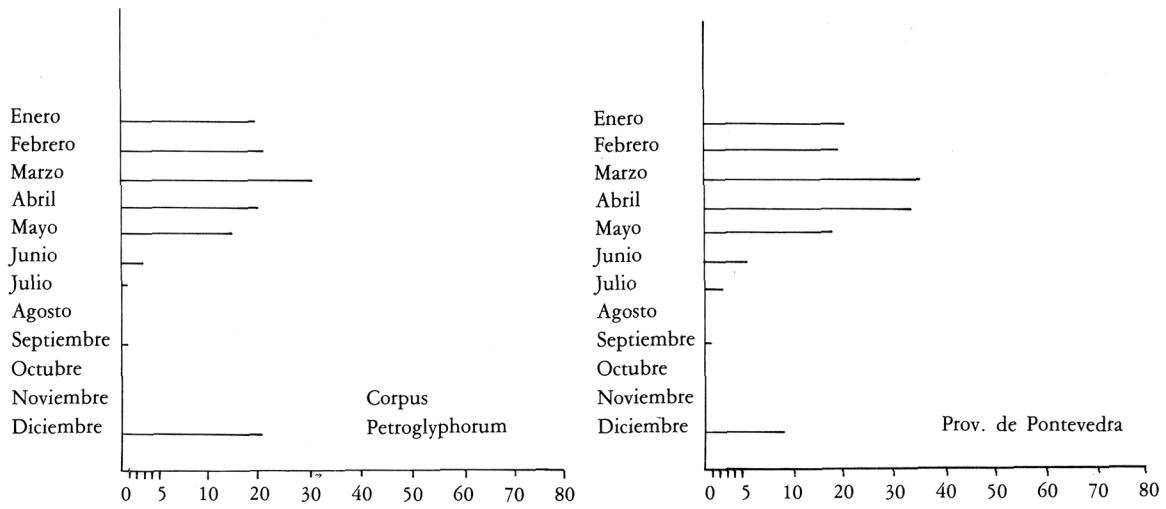
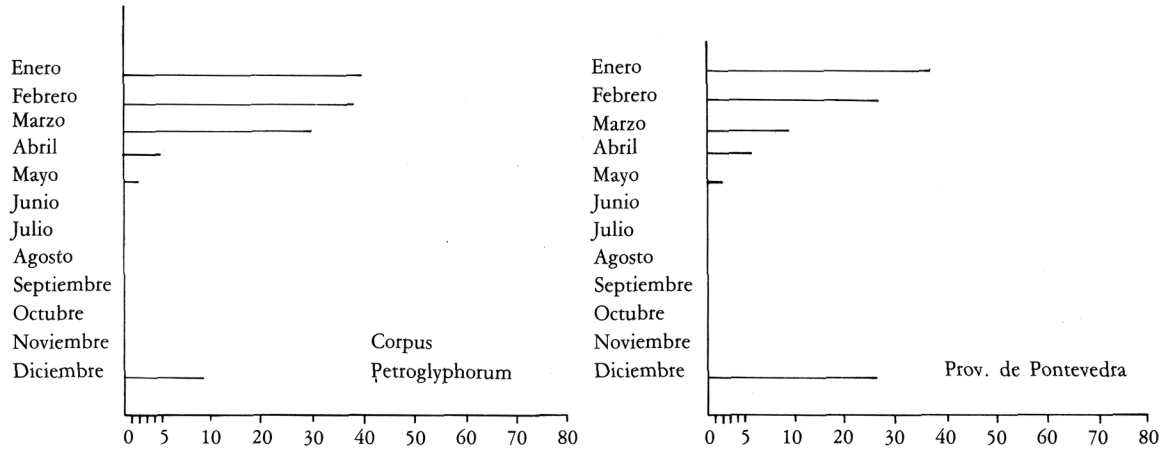


FIG. 5



Porcentajes de «relación» de los círculos concéntricos con radio y los meses del año



Porcentajes de «relación» de los círculos concéntricos sin radio con los meses del año

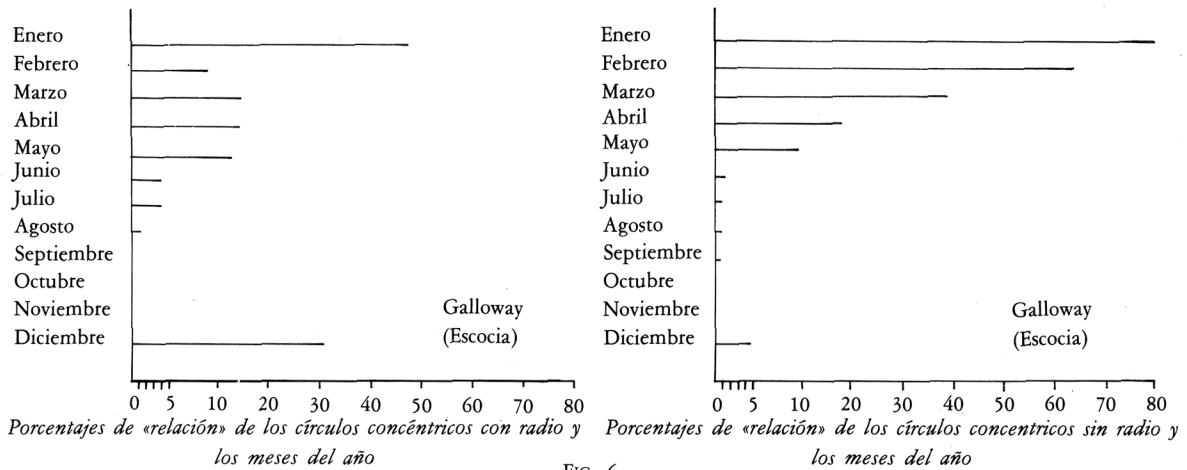


FIG. 6

fabricar objetos de metal; de ahí que debamos tener en cuenta también la posibilidad de que los círculos concéntricos se deban a antiguas marcas de herreros, quizás con fines mágicos o prácticos, o ambas finalidades. Ahora bien, la perfección de trazado y disposición general de los círculos concéntricos de Laxe das Rodas parece dar a entender alguna finalidad más compleja que la de referirse meramente al puro símbolo solar con fines mágico-religiosos, como podría serlo para nosotros el trazar una cruz cristiana. Y creo esto por varias razones:

1.º En Laxe das Rodas existen dos tipos de círculos concéntricos: unos con radio (3 ejemplares) y otros sin radio (2 ejemplares).

2.º Los dos altares de ofrendas de la Fig. 5 son en realidad una serie de círculos concéntricos con una gran cazoleta central y un radio que partiendo de ella rebasa los tres círculos (o dos) saliendo al exterior. Uno de los altares (Fig. 5) carece de «coviñas» en su perímetro, por lo que su paralelo con los círculos concéntricos con radio es todavía más evidente.

3.º La existencia de dos altares de ofrendas paralelos, situados al borde de la roca (lo cual facilita la labor del supuesto oferente), parece indicar dos tipos de culto. Ahora bien, los dos altares son círculos concéntricos con radio. Se diferencian en que en uno hay 3 círculos y en el otro 2, y además el primero de ellos está bordeado de «coviñas». Y es precisamente el número de círculos lo que me hace sospechar en la existencia de un simbolismo diferente en los círculos concéntricos según el número de éstos.

4.º He aplicado entonces a los círculos concéntricos la misma hipótesis que utilicé para interpretar las espirales. Es decir, el radio marca una división temporal y los círculos cada uno un mes. Y así observamos que los altares de ofrendas se refieren uno al mes de marzo, partiendo inicialmente de la cazoleta central, o mes de diciembre, y los círculos sucesivos corresponden a enero, febrero y a marzo el círculo exterior más grande. Recuérdese también aquí que el brazo inferior izquierdo de este mismo altar marca el mes de marzo (ver Fig. 4). En el otro altar hay dos círculos y la gran cazoleta central que

corresponden sucesivamente al mes de diciembre, enero y febrero.

5.º En los círculos concéntricos que observamos en la Fig. 5 y que están con contacto con el altar de ofrendas, debemos fijarnos en que el radio que parte de su centro incide en la «coviña» n.º 27, que corresponde al mes de febrero, y cubre también con su rasgo los meses de diciembre y enero. Es decir, creo que se refiere a los meses del otro altar de ofrendas. Lo cual me hace pensar que en esa fecha se efectuarían las ofrendas en el otro altar de menor tamaño. Además, estos meses corresponden al inicio del octavo año, por lo tanto final del séptimo año, de acuerdo con el cómputo general anual que partía de la espiral. El porqué de esta referencia al comienzo del octavo año debemos verla en función más bien del ciclo de 7 años que termina, cuya significación no veo muy clara. Sabemos que el número 7 desde la más remota Antigüedad ha tenido un significado simbólico y sagrado<sup>9</sup>. La razón de la circunstancia originaria de los varios valores que se le atribuyen a este número se debe a que «corresponde a la cuarta parte (cuadratura) del ciclo lunar mensual, habiendo sugestionado a los hombres por coincidir también con el número de planetas visibles a simple vista»<sup>10</sup>. «Pero dada la antigüedad de los cultos y observaciones lunares, que sin duda precedieron a las de los planetas, el número siete ha debido proceder de aquellos»<sup>11</sup>.

6.º Hasta aquí la teoría encaja perfectamente con la estructura del petroglifo. Pero tengo una objeción importante, y es que los círculos concéntricos que se refieren a ese inicio del octavo año son 4 círculos concéntricos, que, con la tesis del calendario, corresponden a los meses de diciembre, enero, febrero y marzo. ¿Qué hace entonces el símbolo solar del mes de marzo marcando el comienzo del octavo año? En principio pensé que los petroglifos de 4 círculos concéntricos con radio podrían referirse a un símbolo genérico para el sol. Para demostrarlo recurrí a la estadística. Pero ésta no apoyó mi tesis del todo. De los 136 petroglifos de los círculos concéntricos con radio analizados en la Provincia de Pontevedra (en la obra de A. García Alén y A. de la Peña Santos, *Grabados Rupestres de la Prov. de*

<sup>9</sup> RAMÓN BASCOY PÉREZ: *La comarca del Ortegal* (Imprenta Fojo. Ortigueira, 1954, pág. 146).

<sup>10</sup> DEMETRIO SANTOS: *Op. cit.*, pág. 536.

<sup>11</sup> DEMETRIO SANTOS: *Op. cit.*, pág. 539.

*Pontevedra*), 34 correspondían al mes de marzo (ver Fig. 6). De los 130 estudiados en el *Corpus Petroglyphorum*<sup>12</sup>, 30 correspondían también a marzo. Decidí aplicar este mismo procedimiento en otra área europea y elegí la zona de Galloway (en el suroeste de Escocia)<sup>13</sup>, en donde estudié 134 petroglifos. Pero aquí solamente correspondían 15 al mes de marzo y otros 15 al mes de abril, mientras que había 47 relacionados con el mes de enero (Fig. 6). Pero mi tesis se desmoronaba también al ver que los círculos concéntricos sin radio se referían en un gran porcentaje a otros meses (ver Fig. 6). Por ello volví a mi tesis inicial de considerar a los círculos concéntricos como símbolos solares en general con indicación de fecha cuando tienen un radio. De ahí entonces que el altar de ofrendas que corresponde al mes de marzo, tenga marcado el comienzo del octavo año con un símbolo solar del mismo signo que el altar.

7.º Los demás círculos concéntricos del petroglifo de Laxe das Rodas están aislados. Uno de ellos tiene cinco círculos y un radio, corresponde por lo tanto a abril. Cercano a él hay otros cinco círculos concéntricos que debemos considerar solamente como símbolo solar, independientemente del ritual mágico-religioso en el que pudo estar implicado, al igual que los otros dos círculos concéntricos —uno de ellos con una cazoleta central— que, por estar aislados, no es fácil ver su significado. Posiblemente el mes de abril indicado en estos círculos concéntricos se refirieran al mes de abril indicado de modo notorio en la coviña n.º 57 (ver Fig. 3).

No quiero ir más lejos con mis hipótesis, solamente he pretendido aportar una posibilidad más para intentar descifrar el mensaje que encierra este enigmático y bello petroglifo de Laxe das Rodas. Soy el primero en reconocer que no lo he descifrado todavía. Ojalá algún día alguien pueda hacerlo.

#### BIBLIOGRAFIA

- ALAN E. SAMUEL: *Greek and Roman Chronology* (C. H. Becksche Verlagsbuchhandlung. München 1972).
- ROSALIE DAVID, *Cult of the Sun* (Dent and Son Ltd. London, 1980).
- HAWKINGS, G. S.: *Stonehenge Decoded* (Souvenir Press Ltd. London 1966).
- JOHN EDWIN WOOD, *Sun, Moon and Standing Stones* (Oxford University Press, 1978).
- KENDALL, D. G.; PIGGOTT, S.; KING-HELE, D. G. y EDWARDS, I. E. S.: *The Place of Astronomy in the Ancient World* (Oxford University Press, 1974).
- E. C. KRUPP (Editor): *In Search of Ancient Astronomies* (Chatto and Windus, 1979).
- MARIO ZANOT, *El Computador Neolítico* (Argos Vergara. Barcelona, 1977).
- NEWHAM, C. A.: *The Astronomical Significance of Stonehenge* (John Blackburn Ltd. Leeds, 1972).
- PATRICK, J.: *Midwinter sunrise at New Grange* (Nature, 249, págs. 517-19 (1974).
- THOM, A.: *Megalithic Lunar Observatories* (Clarendon Press. Oxford, 1971).

<sup>12</sup> SOBRINO BUHIGAS: *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae* (Santiago, 1935).

<sup>13</sup> Fuente de información: la obra de Ronald W. B. Morris, *op. cit.*